

Sergio Silva

La relación ciencia/fe en la modernidad. Condiciones para el diálogo

En la charla anterior vimos que las ciencias modernas han planteado a la fe problemas de tipo puntual, porque han ido modificando creencias muy arraigadas: el geocentrismo suplantado por el heliocentrismo, el origen de la humanidad no en Adán y Eva sino por evolución de animales anteriores, el papel de la religión como opio del pueblo, el origen de la religión en neurosis infantiles no superadas.

Pero lo más decisivo ha sido el cambio de cosmovisión global y, en el último tiempo, debido a la tecnociencia, el cambio de la vida cotidiana en pleno curso. Este cambio es de fondo y duradero y pone en cuestión la cosmovisión de los textos bíblicos y de la tradición así como las normas morales recibidas.

¿Será posible el diálogo? ¿En qué condiciones?

1. Dos premisas

Una de fe

Dios es el autor del orden de la creación, que es la base que hace posible la ciencia; Dios es también el autor del orden de la salvación, que es la base de la fe.

Por lo tanto, en principio, si aceptamos que Dios no se puede engañar ni quiere engañarnos, no puede haber contradicción alguna entre ciencia y fe, en la medida en que se trate de auténtica ciencia y de auténtica fe. Pero, como toda la obra del ser humano, incluidas su ciencia ejercida y su fe vivida, está, en alguna medida, afectada por el pecado, tanto la ciencia ejercida como la fe vivida se dan con grados (variables) de inautenticidad; inautenticidad con respecto a un cierto ideal, nunca alcanzable en la historia y por lo tanto nunca formulable exhaustivamente.

Una de razón

Los conocimientos que logran las ciencias modernas son relativos a sus marcos precientíficos de referencias, constituidos en parte por la naturaleza biológica (y racional) del ser humano, también en parte por la cultura, dentro de la cual se desarrolla y se interpreta esa naturaleza humana.

Un elemento decisivo de esos marcos son las anticipaciones de posibles conocimientos o, en términos de Habermas, intereses que guían el conocimiento.¹ Habermas muestra que la validez de los enunciados de una ciencia depende de que los podamos referir a priori a ciertas categorías básicas de experiencia, porque de otro modo la ciencia no pasa de ser un juego formal; así, el marco de referencias es el que posibilita la "objetividad" de las afirmaciones científicas, pues permite referirlas a estas categorías básicas compartidas (o, al menos, compatibles en principio) por todos.

Para las ciencias naturales lo decisivo es el quehacer instrumental, orientado a la manipulación técnica de la realidad; por eso, las ciencias naturales sólo acceden a la realidad en cuanto ésta puede presentarse en el ámbito de la acción instrumental: lo no controlable técnicamente no existe para ellas.

¹ Jürgen Habermas, *Erkenntnis und Interesse*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1968. Traducción castellana: *Conocimiento e Interés*. Madrid, Taurus, 1982.

La (posible) fecundidad recíproca de la relación entre fe y ciencia

Dada la inevitable dosis de inautenticidad tanto de la ciencia ejercida como de la fe vivida, su relación puede ser mutuamente fecundante, en la medida en que se critiquen y estimulen la una a la otra.

La ciencia puede ayudar a la fe a purificar sus conocimientos de la realidad revelada; la fe, por su parte, puede ayudar a la ciencia a corregir sus anticipaciones, buscando un mejor servicio del ser humano, sobre todo de los pobres y postergados; puede estimularla a buscar confiadamente el conocimiento de la realidad y la unidad del conocimiento, porque Dios “no nos juega chueco”.

2. La historicidad de ciencia y fe, un posible hilo conductor para el estudio de sus relaciones

La historicidad de la ciencia

No es meramente cronológica, sino radical:

-Las ciencias modernas no son la única forma posible de conocer la naturaleza; antes hubo otras formas, en el futuro también podrá haber nuevas.

-La forma moderna es el fruto de opciones tomadas en un momento de la historia, aunque no necesariamente de manera deliberada, ni siquiera consciente.

-Opciones que han vinculado a las ciencias cada vez más estrechamente con la técnica, dando origen a la “técnica moderna” o tecnociencia, una técnica basada en las ciencias modernas y que sirve, a su vez, a las ciencias como instrumento indispensable de conocimiento.

Para comprender este proceso histórico es útil la dialéctica de exteriorización, objetivación e interiorización que rige las relaciones de los individuos con su sociedad, tal como lo han mostrado Berger y Luckmann²: cada individuo que nace interioriza las objetivaciones culturales de su grupo social, producidas por las exteriorizaciones de otros individuos. Pero, como no todo el interior del individuo es producido por la cultura sino que hay en él un fondo propio, siempre pueden surgir nuevas exteriorizaciones.

La historicidad de la fe

La historicidad de la fe también va más allá de lo cronológico; se basa en que ni los cristianos (individualmente) ni la Iglesia (sacramentalmente) agotan nunca las posibilidades de la fe; su realización se ve siempre marcada por la contingencia histórica y por el pecado de los miembros de la Iglesia; se trata de encarnaciones, siempre perfectibles, de la fe.

Para juzgar cada encarnación histórica de la fe tenemos dos criterios principales: la Iglesia apostólica, tal como ha quedado testimoniada en el Nuevo Testamento, y las anticipaciones (asintóticas) de una Iglesia ideal, hechas por la teología, no necesariamente la profesional (detrás de todo grupo que intenta una reforma hay una visión de iglesia).

Animando estos dos criterios, la fe reconoce la presencia y la acción del Espíritu de Dios, criterio decisivo y fundamental para la vida de fe de la Iglesia.

² Peter Berger y Thomas Luckmann, La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Amorrortu, 2ª ed. 1972.

La historicidad de ciencia y fe como hilo conductor del planteamiento de sus relaciones

Sus ventajas:

- Sensibiliza a los condicionamientos históricos de la ciencia y de la fe vivida; y hace tomar conciencia de la relatividad de las posturas así condicionadas.
- Desdogmatiza el planteamiento del problema por ambos lados, porque abre, de partida, a la posibilidad de una nueva forma de ejercer la razón y de vivir la fe, más auténtica.
- Sitúa a ambos términos de la relación, ciencia y fe, en un terreno común que los trasciende: los pone juntos a mirar su posible servicio a una historia más humana.

3. Fundamentación del carácter histórico y hermenéutico del conocimiento humano³

El carácter histórico de nuestro acceso a la realidad

La realidad es el conjunto de lo que tiene ser en alguna de sus múltiples formas: temporal e intemporal, real e ideal, etc.; es, por lo mismo, de algún modo experimentable por el ser humano. La realidad así entendida es inagotable: nunca un ser humano individual ni la humanidad en su conjunto lograrán hacer la experiencia de la totalidad de la realidad.

Los seres humanos nos hallamos siempre ya inmersos en la realidad. Si podemos hablar de acceso a la realidad, se trata del acceso cognoscitivo: la iluminación del ese contacto ya tenido. Es, pues, un acceso segundo, reflexivo, que supone el acceso primero, preteórico, dado con la existencia. Pero la reflexión sobre la experiencia no deja a la experiencia intocada, sino que actúa a su vez sobre ella, transformándola; se origina una espiral inacabable entre experiencia y reflexión.

De aquí, doble carácter histórico de nuestro acceso cognoscitivo a la realidad: por un lado, dado que la realidad es inagotable, a lo largo del tiempo podemos acceder a nuevas zonas o de manera nueva a zonas ya experimentadas; por otro lado, dado que se descubren nuevos modos de reflexión, van cambiando tanto la experiencia de realidad que hacemos como nuestro acceso reflexivo a ella.

El valor de esta perspectiva consiste en enfocar las afirmaciones de la filosofía, las ciencias y la teología no como meras afirmaciones acerca de la realidad, sino como expresiones reflexivas de una experiencia antecedente de realidad. Cuando las relaciones se enfocan sólo en el nivel de las afirmaciones y en cuanto susceptibles de ser verdaderas o falsas, como a menudo se trata de afirmaciones contrarias o incluso contradictorias, se llega rápidamente a un callejón sin salida o se cae en una actitud que busca vencer al contrincante. En la perspectiva que aquí propongo, las afirmaciones quedan relativizadas (al referirlas a sus respectivos orígenes, la experiencia de realidad iluminada cada vez de manera diversa) y las relaciones se establecen no tanto entre los resultados pensados por cada disciplina cuanto entre los diversos esfuerzos concretos por pensar la experiencia de la realidad.

La historicidad se traduce en la existencia de diversos puntos de vista sobre la realidad

Una analogía tomada de la geometría, el cono circular de base recta, nos puede ayudar. Cortado el cono por diversos planos, da origen en esos planos a diversas figuras: circunferencia, parábola,

³ Ver Sergio Silva G., ss.cc. "La inagotable realidad. Ciencia, Filosofía y Teología: mediaciones recíprocas", en Teología y Vida 33, 1992, 141-149.

hipérbolo y elipse. Podemos decir que cada corte es verdadero, porque es el resultado que da el cono al ser requerido por el plano que lo corta; este resultado depende del punto de vista desde el cual se traza el plano que corta el cono.

Dado que los resultados de cada corte del cono son diferentes, se puede caer en rechazar todo resultado que sea diferente del nuestro (positivismos y cientismos, absolutizaciones y dogmatismos). Lo correcto es aceptar la pluralidad de cortes, reconociendo el carácter particular, limitado y parcial de cada punto de vista, y buscar la posibilidad de su integración.

La experiencia común nos dice que existe el cono y que es uno; la filosofía, basada en esa experiencia, mantiene la preocupación por la integración de los diversos aspectos logrados desde cada punto de vista particular; la teología, desde la experiencia de la fe, afirma la existencia del vértice del cono, ese punto central por donde pasan todas las líneas que lo constituyen y que dibujan, en los planos de cada corte, las diversas figuras del conocimiento humano.

La constitución de los diversos puntos de vista sobre la realidad

Hay que atender a tres niveles diferentes:

-El nivel personal: cada ser humano tiene un punto de vista único e irrepetible, que produce un corte original de la realidad. Influyen las capacidades personales, la cultura recibida y la experiencia vivida, que van dando a esas capacidades una configuración particular.

-El nivel común: ciertas realidades colectivas, propias de la especie humana, que determinan ciertos tipos de puntos de vista y de cortes de la realidad al interior de los cuales se dan las variaciones individuales y sus configuraciones histórico-culturales. Son estructuras de la naturaleza humana y realidades colectivas de la humanidad (el trabajo, la convivencia, la autoridad).

-El nivel metódico: la ciencia se constituye cuando se establece un modo metódico de explorar cada uno de los diversos tipos de puntos de vista (y sus respectivos cortes) y de sistematizar el conocimiento logrado desde cada punto de vista.

Las relaciones entre los diversos puntos de vista; relaciones ciencia/fe

Dos dialécticas en cada punto de vista: entre contingencia (historicidad de su constitución) y necesidad (son posibilidades dadas con la naturaleza humana); y entre particularidad (Las ciencias empírico-analíticas abren a la realidad en cuanto manipulable técnicamente y en cuanto objetivable. Las ciencias histórico-hermenéuticas abren al mundo en cuanto realidad construida socialmente. Las ciencias críticas, al mundo humano en cuanto atravesado por la dominación y la dependencia. La filosofía, al mundo en cuanto participa del ser. La teología, al mundo en cuanto muestra la presencia o la correlativa ausencia de Dios. La estética, al mundo en cuanto belleza que el ser humano puede gozar) y universalidad (muestra un aspecto verdadero de la realidad y todo ser humano es capaz de hacer suyo ese punto de vista).

La búsqueda de integración (podemos ponernos sucesivamente en los diversos puntos de vista sobre la realidad y el ser humano tiene un apetito irresistible de unidad) puede fracasar por el encierro en un punto de vista particular como si fuera universal y el único adecuado a la realidad).

La salida a este encierro es la búsqueda de un diálogo entre filosofía, teología y ciencias, en que cada disciplina aporte lo propio de su riqueza, de tal modo que esa riqueza pueda ser integrada por las otras disciplinas:

- las ciencias modernas, su profundo respeto a la resistencia de lo real
- la filosofía, mantener siempre abierta la pregunta por la (inalcanzable) totalidad de la realidad
- la teología, una invitación a ver que ese cono es tal que todas sus líneas pasan por un mismo punto (Cristo, Alfa y Omega) y un principio de integración de la diversidad de la realidad y de nuestros cortes cognoscitivos no monolítico sino trinitario, de modo que la integración no puede proceder por absorción de lo diverso en lo mismo, sino por participación o comunión de lo diverso entre sí, por enriquecimiento de cada uno con la diversidad de los otros.

4. Conclusión

El aporte de la hermenéutica

El ser humano mira la realidad a través de un lente, nunca directamente:

- “mira” tratando de comprender lo que va experimentando
- el “lente” de cada ser humano está constituido fundamentalmente por su propia experiencia personal y por la cultura de su(s) grupo(s), que van modelando sus capacidades naturales y que están en continua transformación a lo largo del tiempo y en una relación de mutua interacción.

El creyente hace “amalgamas” entre su ciencia y su fe

Las relaciones se viven personalmente, porque son las personas que tienen fe y que hacen (o estudian) ciencia las que se ven abocadas a resolver los conflictos eventuales entre ellas, haciendo “amalgamas” entre ciencia y fe.

Pero se suele dar en el científico (y en el “hombre de la calle”) una cierta asimetría entre ciencia y fe, porque el científico tiene gran capacidad de reflexión en su disciplina, aunque habitualmente sin la adecuada capacidad de reflexión filosófica; mientras que, cuando tiene fe, no suele tener la capacidad de reflexionarla teológicamente. Esto, en lugar de favorecer el entendimiento entre ciencia y fe, tiende a dificultarlo.

Estas “amalgamas” son inevitables a la vez que necesariamente provisionarias, porque la ciencia está en continuo desarrollo y Dios siempre escapa a todas nuestras formulaciones. Sin embargo, cumplen una función positiva, por cuanto ayudan a creer, en la medida en que permiten dar razón de la fe en el marco del conocimiento científico vigente en un momento dado.

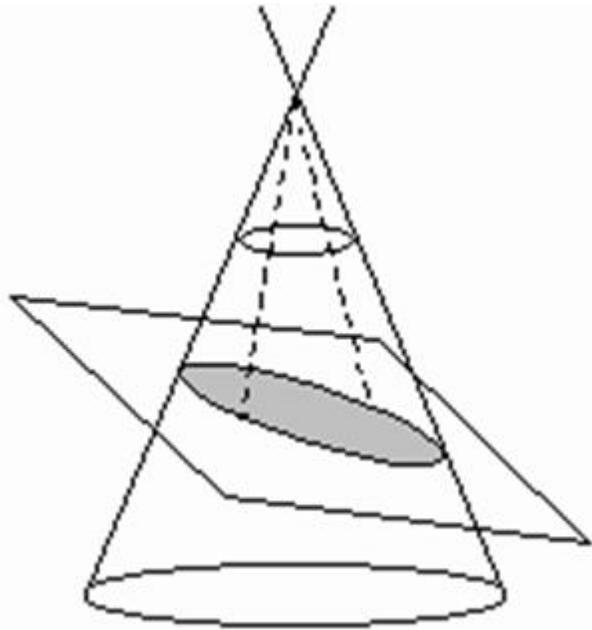


Fig. 1 : Ellipse

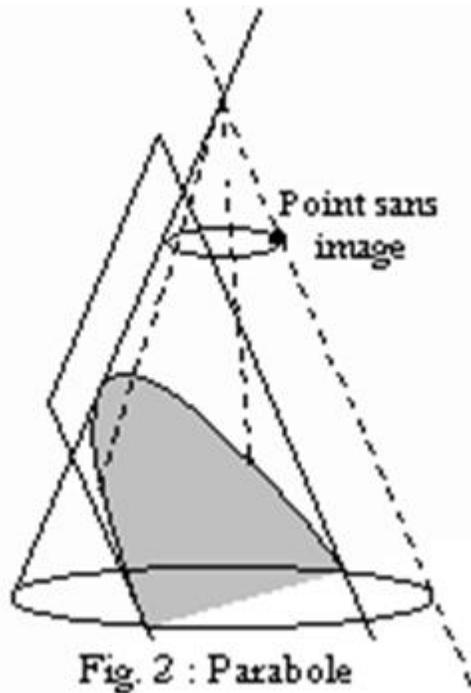


Fig. 2 : Parabole